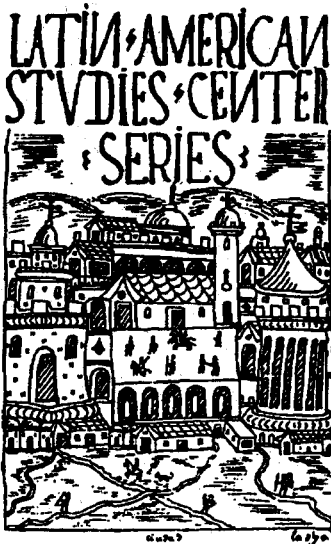


Carlos Altamirano
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1991-92

Peronismo y cultura de izquierda
(1955-1965)



No. 6

University of Maryland at College Park

Carlos Altamirano (Argentina, 1939) is Professor of Argentinian and Latin American Thought at the University of Buenos Aires, and Researcher at the Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). He has carried out extensive research on cultural history in Argentina. He has published, with Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria* (1980), *Literatura/Sociedad* (1983) and *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia* (1983), as well as numerous articles in periodicals and anthologies, such as "El retorno de la idea democrática en las élites intelectuales latinoamericanas," " 'Modernidad,' 'Modernismo,' 'Modernización' y 'Postmodernidad,'" "Lo imaginario como campo del análisis histórico y social" y "Breve apología de la historia intelectual."

Carlos Altamirano
Rockefeller Humanities Resident Fellow
1991-92

Peronismo y cultura de izquierda
(1955-1965)

Latin American Studies Center Series
No. 6

Editorial Board

Jorge Aguilar Mora
Graciela P. Nemes
José Emilio Pacheco
Ineke Phaf
José Rabasa
Javier Sanjinés
Saúl Sosnowski (Director)
Eva Vilarrubí (Series Editor)

Copyright © 1992 by Carlos Altamirano

Latin American Studies Center
University of Maryland at College Park
2215 Jiménez Hall
College Park, MD 20742

Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)

“El estudio del peronismo ejerce una atracción especial entre nosotros” [los argentinos], escribió en un libro reciente Juan Carlos Torre. Y agregaba: “Componente fundamental de la sociabilidad política en que nos hemos formado, el peronismo es una vía de entrada obligada para conocer la sociedad argentina actual, sus conflictos, sus esperanzas”.¹ Ahora bien, durante muchas décadas la interpretación de este movimiento que había dislocado todos los cuadros en que se expresaba y se representaba la sociedad argentina hasta su aparición, fue considerada crucial no sólo intelectual, sino también, y sobre todo, políticamente.

“El éxito o el fracaso del intento de unir al país depende, en buena medida, de cómo se interprete el hecho peronista”: eran las palabras de Mario Amadeo, a siete meses del levantamiento que había puesto fin al gobierno de Perón y a cinco del golpe de palacio que desplazó a los nacionalistas — entre ellos al propio Amadeo — del elenco gobernante del nuevo orden.² La centralidad que esa afirmación atribuía a la interpretación del “hecho peronista” no pudo ser más clarividente. Desde entonces, en efecto, la suerte de proyectos políticos diferentes y aun opuestos — el establecimiento de la democracia, la integración y el desarrollo, la revolución... — se anudó, así sea imaginariamente, a la empresa de definir el significado del peronismo. Ello no quiere decir que sólo después del 16 de septiembre de 1955 se elaboraran definiciones y explicaciones del “hecho peronista”. Podría decirse, por el contrario, que desde sus comienzos estuvo rodeado de interpretaciones, entre ellas las que eran parte del discurso peronista mismo, en contrapunto con las que eran parte del discurso de la oposición. Sin embargo, sólo tras el derrocamiento del régimen justicialista fue haciéndose visible para la heterogénea constelación de sus opositores la consistencia y el arraigo popular de una identidad que, hasta entonces, podía parecer tan inextricablemente unida al funcionamiento del orden caído que

¹ J.C. Torre, *Perón y la vieja guardia sindical*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

² M. Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956, p. 91.

el desmantelamiento de éste traería la disgregación más o menos rápida de aquélla.

¿Qué era y qué había sido, finalmente, el peronismo? La pregunta volvería una y otra vez a lo largo de varios lustros, alimentada por la gravitación que el movimiento fundado por Perón ejercía en la vida política nacional. La proscripción de que fue objeto sólo lo puso al margen del sistema legal de partidos, pero no lo anuló como mayoría electoral y en muy poco tiempo demostró que era dominante en los sindicatos obreros. El éxito o el fracaso — para aprovechar nuevamente las palabras de Amadeo — de fórmulas políticas diversas se asociarían así al modo en que se respondiera a esa pregunta, planteada (o replanteada, como sería mejor decir para muchos casos) en círculos políticos e intelectuales cuyo número no haría sino crecer después de 1955.

El *factum* peronista no sólo dividió inmediatamente el campo político y social de quienes habían apoyado — o, al menos, confiado en las perspectivas que podía abrir — el derrocamiento del régimen justicialista, sino que estuvo en el centro de las vicisitudes y las disyuntivas que acompañaron a los experimentos civiles emprendidos en los diez años que siguieron a la caída de Perón. El antiperonismo recalcitrante de quienes asumieron la jefatura de la Revolución Libertadora después de noviembre de 1955 le transmitiría al curso político de esos diez años la regla — como la llaman Floria y García Belsunce — de que “todo aquello que significase la posibilidad de un retorno relevante del peronismo no sería admitido. Todo aquel que lo permitiera sería apartado”.³ Las Fuerzas Armadas se erigieron en custodia de esa regla que hizo de la oposición peronismo/antiperonismo el gran *clivage* de la vida política argentina y de Perón uno de sus árbitros. Arturo Frondizi, que había violado la regla para llegar a la presidencia en 1958, contrayendo un acuerdo secreto con Perón a cambio de los votos peronistas, fue derrocado en 1962, tras haberla desafiado nuevamente, permitiendo un “retorno relevante” del peronismo en las elecciones de ese año. Poco más de cuatro años después, otro presidente civil, Arturo Illia, sería desplazado, entre otras razones, para adelantarse a un desenlace electoral que

³ Carlos A. Floria y César García Belsunce, *Historia política de la Argentina contemporánea. 1880-1983*, Buenos Aires-Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 162.

pondría otra vez a las Fuerzas Armadas ante la instancia de ejercer el veto antiperonista. El peronismo, por su parte, hallaría los medios para escapar a la pura exclusión, presionando sobre el débil sistema político que se fundaba en su proscripción, sobre todo a través del control que ejercía en los sindicatos obreros. Dicho de otro modo: la regla instituida por la Revolución Libertadora no impidió que el peronismo se convirtiera en actor central durante los diez años siguientes a 1955, atrayendo sobre sí, como un polo magnético, los discursos que desde los puntos más distantes del campo ideológico argentino buscaban definir su "naturaleza".

Pues bien, el centro ordenador de este trabajo serán las visiones que el peronismo suscitó, en esos años, dentro de un área de la cultura política e intelectual argentina: la de la izquierda, para la cual comprender el "hecho peronista" se volvió también el problema capital, "la clave del destino".⁴ Me serviré de algunos puntos de referencia preliminares para delimitar menos genéricamente el terreno a explorar y enunciar la certidumbre que quisiera poner a prueba a través de la exploración.

I

Acaso ningún otro sector se vio tan perturbado y, sobre todo, tan desafiado por la aparición de ese movimiento que incorporaba a las masas a la arena política bajo la guía de un caudillo militar no sólo extraño, sino hostil a las significaciones de la cultura de izquierda. Desde el principio, socialistas y comunistas identificaron los signos del fascismo en la iniciativa que, desde el interior de un régimen militar nacionalista, comenzaba a disputarles la orientación de los sindicatos obreros. Conforme a esa identificación los partidos Socialista y Comunista serían los primeros y más resueltos opositores de la empresa que, en muy poco tiempo, ya era inescindible de la figura del coronel Perón. Sólo después del 24 de febrero de 1946, tras la derrota electoral experimentada por la coalición que habían contribuido a gestar, los dos partidos habrían de advertir que el nuevo movimiento los había desplazado a la periferia del mundo

⁴ Carlos Strasser, "Políticamente hablando", en *Voz popular*, septiembre de 1961.

obrero. Por separado, después de ese año y siguiendo tácticas diferentes, tanto socialistas como comunistas se mantendrían en la oposición al régimen peronista, conservando para éste la identificación inicial.⁵ Y con la excepción de unos pocos círculos marginales, el conjunto de la cultura de izquierda — entendiéndose a sí misma como cultura de resistencia democrática — se alinearía con arreglo a esa definición del peronismo en el poder.

“Enterrar y plantar”: así titulaba el semanario socialista *La Vanguardia* el editorial destinado a fijar la actitud “frente al derrocamiento de Perón por la revolución libertadora”. Tras saludar el acontecimiento (“¡Ahora tenemos patria!”), la declaración enjuiciaba sin ambigüedades el orden caído: “Hemos dejado de ser metecos en el propio país. Hasta ayer los argentinos libres no tenían siquiera la protección de un embajador que de alguna manera proveía cierta seguridad a los extranjeros. La revolución libertadora creó las condiciones para el gran bien ciudadano y humano; liberó a los hombres del íncubo fatal que pesaba sobre el corazón y la conciencia”. Los “alcances de la liberación” llegaban también para el “mundo peronista”, pues “¿cuántos peronistas se sienten felices

⁵ El contexto de la segunda posguerra, que sería muy rápidamente el de la “guerra fría”, distanció después de 1946 al PS y al PC, reactivando divergencias que nunca habían desaparecido, y que remitían a la antigua división en torno a la definición del régimen soviético y al conjunto de tesis codificadas bajo el nombre de leninismo. La oposición al régimen peronista fue sistemática y permanente en el caso de los socialistas. La posición del PC fue más cautelosa y oscilante: en los primeros años del nuevo gobierno archivó la identificación pública del peronismo con el fascismo, disolvió los sindicatos paralelos dirigidos por militantes comunistas y se atuvo a la táctica de “apoyar lo positivo y criticar lo negativo”, formulada por primera vez, justamente, a propósito del gobierno peronista. Según Juan José Real, por entonces la segunda figura en la dirección local del comunismo y de quien tomamos estas referencias, “la primera parte de esta táctica (apoyo a lo positivo) fue absorbida por la segunda (lucha contra lo negativo)” a los pocos años. Y cuando bajo la dirección interina del mismo Real se intentó dar impulso a la alianza con el peronismo, la tentativa fue abortada y reapareció la denominación archivada en el lenguaje público: el peronista era un “gobierno de tipo corporativo-fascista” (ver “Del XI al XII Congresos del Partido Comunista”, firmado por Pablo Ibarra, seudónimo del mencionado Real, en *Qué hacer por la Nación y el Socialismo*, no. 2, marzo-abril de 1964. Sobre el episodio protagonizado por Real, ver también J.A. Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, pp. 194-201).

de no tener miedo al gran patrón, de no verse obligados a adular y desempeñar los papeles innobles de sometidos, serviles o lacayos?”. Pero no para los dirigentes, “usufructuarios de la banda asaltante”. A todos les correspondía, en fin, enterrar el pasado tiránico y plantar la semilla de la futura democracia.⁶

“La izquierda liberal ... ha tomado en serio su papel de guardiana de la ortodoxia revolucionaria”, escribiría poco después Mario Amadeo, quien incluía en esa constelación al Partido Socialista, enrolado en el sector más intransigentemente antiperonista del conjunto de fuerzas civiles que daban apoyo al gobierno militar.⁷ Para los comunistas el significado de la situación emergente tras el derrocamiento de Perón era menos neto. Previamente se habían declarado contrarios a la salida golpista y frente al nuevo gobierno oscilarían entre el apoyo condicionado y la oposición. Pero al juzgar el levantamiento reaparecía la antigua definición del peronismo: “...si bien el levantamiento tiene de positivo el hecho de haber derrocado a un gobierno de tipo corporativo-fascista, rompiendo así el muro de contención de la acción de masas, tiene de negativo la continuidad de métodos similares”.⁸

Excluido del arco de fuerzas políticas que los jefes de la Revolución Libertadora habían convocado y reconocían como su soporte civil, el PC tendrá como consigna central el reclamo de un gobierno de “amplia coalición democrática” y, a diferencia de los socialistas, buscará la unidad de acción con dirigentes obreros peronistas en las luchas reivindicativas y en la oposición a la orientación de la política económica del gobierno. Es decir, entre 1955 y 1958 los comunistas se empeñarán en una táctica destinada a ordenar las fuerzas en términos políticos que escaparan al eje peronismo/antiperonismo. A su modo, ellos también aguardaban que el nuevo orden trajera la “liberación” al “mundo peronista”. No obstante, al igual que los socialistas habrán de encontrarse con que el levantamiento del “muro de contención” desatará, en efecto, la

⁶ *La vanguardia*, Año 1, no. 2 (2a. Era), 27/10/55.

⁷ M. Amadeo, *op. cit.*, p. 119.

⁸ Declaraciones de Victorio Codovilla al diario *La mañana*, de Montevideo, reproducidas en *Nuestra palabra*, 3/10/1956.

acción de las masas, pero no las desprenderá de la lealtad a Perón. Más aún: la idea de un nuevo alineamiento de fuerzas chocará con el dato de que, para la mayoría de los obreros, la acción de clase a la que se entregaban, por los salarios o por la recuperación de los sindicatos intervenidos por el gobierno, no se disociaba de la identidad peronista y que el *clivage* peronismo/antiperonismo no era a sus ojos una división secundaria, sino central. Lo que el nuevo orden les había traído era, al mismo tiempo, una revancha social y política.⁹

No sería sorprendente, entonces, que después de 1955 se generara una situación revisionista dentro del ámbito político e intelectual de la izquierda argentina, larvadamente y a través de manifestaciones aisladas al principio, como tendencia creciente después. Al comprobar, como el resto de los círculos ideológicos y políticos no peronistas, que el peronismo no era una figura pasajera de la Argentina industrial, se multiplicarán en ese sector los interrogantes y las interpretaciones destinadas a ofrecer las claves del movimiento que, desde la segunda mitad de la década del cuarenta, había hecho de la izquierda un dato marginal en la vida política nacional y, sobre todo, en el mundo obrero. De cómo se interpretara el “hecho peronista” — evoquemos una vez más la cita de Amadeo — dependería la suerte de la izquierda.

Las manifestaciones de la situación revisionista surgirán al margen y en litigio con los partidos mayores de la izquierda, el PS y el PC. Y su emergencia no puede ser desconectada de la activación que experimentó el campo de las élites intelectuales a la caída de Perón. Como escribe Silvia Sigal, al “tiempo ‘lento’ de la expresión político-intelectual de los años peronistas le sigue un florecimiento de publicaciones, casi siempre efímeras, no fácilmente distinguibles de partidos o movimientos políticos, igualmente efímeros”.¹⁰ Dentro y fuera del ámbito de la izquierda se extendería la certidumbre de que el peronismo, como quiera se lo juzgase, había puesto en escena “algo” sustantivo de la realidad nacional, a la que era necesario

⁹ Ver Daniel James, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, partes II y III. La de James es la mejor y más informada reconstrucción de las relaciones entre peronismo y clase obrera durante el período que aquí consideramos.

¹⁰ S. Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 29.

interrogar en su formación histórica, reciente o más lejana.¹¹ Anudada a esa certidumbre, pero también alimentándola, entre 1956 y 1959 “se produjo una suerte de eclosión de libros políticos y de trabajos documentados sobre aspectos de la historia argentina que conllevaban interpretaciones ideológicamente orientadas”.¹²

La emergencia de la situación revisionista en el ámbito de la izquierda debe ser aprehendida, pues, en conexión al doble contexto de referencia que he evocado rápidamente aquí. Por un lado, el contexto político, dominado por el *clivage* peronismo/antiperonismo y por una conflictividad social que, si bien podía ser analíticamente legible en términos de clase, remitía a la acción de un proletariado numeroso y concentrado que se expresaba en el interior de aquella antinomia, es decir, en términos políticos refractarios a una intelección clasista. Por el otro, el contexto ideológico, que el fin del régimen peronista había activado, sobre todo en el universo de las clases medias ilustradas. Pero es necesario subrayar otro dato, aunque se desprenda de lo que llevo dicho: aun los partidos mayores de la izquierda, el PS y el PC, serían sólo piezas secundarias en el juego político. Este tenía otros protagonistas dentro del sistema legal de partidos, y fuera de él a las Fuerzas Armadas, a las corporaciones empresarias y al sindicalismo peronista. Débiles en la escena política y en la escena sindical, los partidos de la izquierda hallarían su

¹¹ Como ejemplos de este enfoque por el cual la emergencia del peronismo había puesto en evidencia fallas históricas profundas que implicaban al conjunto de la sociedad argentina, pueden citarse por la notoriedad de sus autores, provenientes de las filas intelectuales del antiperonismo, el ensayo de Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Lautaro, 1956 y el de Ernesto Sábato, *El otro rostro del peronismo*, Buenos Aires, s.e., 1956, más comprensivo y sobrio y sin las inclinaciones apocalípticas del anterior.

¹² S. Sigal, *op. cit.*, p. 127. En la presentación del primer número de la *Revista de historia*, publicado a comienzos de 1957, su director, Enrique Barba, señala que un interés inédito por el pasado nacional se ha despertado en todos los sectores de la vida intelectual argentina: “Cuando parecían perimidas las causas que vitalizan un denso y severo conocimiento histórico: avidez emocional por acercarse al pasado, investigación profunda del mismo y un público lector fuertemente atraído por él; cuando una prédica deformadora y pertinaz parecía haber clausurado los canales que conducían a ese pretérito esclarecedor de nuestros destinos, todos los estratos del pensamiento nacional, en un movimiento sin precedentes y que lo honra, sintieron la necesidad vital de sumergirse en el pasado para bucear los orígenes de sus quebrantos” (“Palabras preliminares”, *Revista de historia*, no. 1, 1er. trimestre, 1957).

campo principal de gravitación en la escena ideológica y en los aparatos de la cultura. A su vez, si esta gravitación les daba inserción y audiencia en el ámbito de los sectores medios urbanos, aquella debilidad los exponía al cuestionamiento ideológico dentro de ese mismo ámbito: dichos partidos, ¿podían arrogarse la representación política de la clase obrera? ¿En virtud de qué títulos que no fueran los doctrinarios?

Tras estos elementos de referencia, puedo circunscribir mejor el terreno de esta exploración, que se ordenará principalmente en torno a la producción discursiva del polo revisionista de la cultura de izquierda. La elección de las interpretaciones surgidas del rechazo o de la inversión de las significaciones anteriores (en primer término, las que se asociaban a lo que por esos años comenzaría a llamarse “izquierda tradicional” en la más benigna de las denominaciones) va unida a la certidumbre de que en concomitancia con la revisión — y la nueva relación simbólica con el peronismo que introdujo — la cultura política e intelectual de la izquierda experimentaría un viraje, que no fue súbito aunque sí de efectos perdurables. Dicho de otro modo: la resignificación del peronismo se encadenó a una actividad de resignificación más general que se imprimiría en el campo de la izquierda corroyendo y, finalmente, desplazando hacia el pasado, o hacia el reino del error, representaciones durante mucho tiempo dominantes en ese campo.

A través de esta exploración quisiera no demostrar, sino ofrecer, simplemente, algunas pruebas de ese encadenamiento. Conviene aclarar, por ello mismo, que no pretendo sostener que la mutación indicada sólo obedeciera a la presencia del “hecho peronista”: ella extrajo impulso también de otros focos de inspiración intelectual y política, colocados algunos de ellos fuera del marco de la experiencia nacional. Por ejemplo, los movimientos independentistas, más o menos radicales y de masas, que pusieron fin al viejo orden colonial europeo y tuvieron su momento de apogeo en los años cincuenta y sesenta. No obstante, aun esas solicitaciones que provenían del exterior, codificadas como experiencias ejemplares, no podrían soslayar la solicitación interior que provenía del “hecho peronista”. Y no sería infrecuente que se viera en éste el ejemplo sensible de la Idea, por así decirlo, sea ella la de la “cuestión nacional” o la del encuentro de nacionalismo y socialismo. De modo que, si bien no fue el generador exclusivo de la inflexión que experimentará la cultura

de la izquierda argentina, el peronismo fue, en el orden de la política local, el centro de referencia de la mutación. Cuando en 1960, el órgano de los intelectuales comunistas, *Cuadernos de Cultura*, consagraré todo un número al análisis y la refutación de la “nueva izquierda” — revelando preocupación por neutralizar la proliferación de significaciones que impugnaban las que el Partido tenía por conformes con el marxismo — varios de los colaboradores de la revista hallarán en la representación del peronismo (la “idealización”, dirá uno de ellos) un signo distintivo de la familia ideológica en cuestión.

II

Las señales de implantación de esa familia asociada a la revisión del juicio sobre el peronismo remite, más que a uno o varios partidos que cobraran relieve como centros organizadores de la acción política, a una constelación de libros y publicaciones. Ciertamente, si se hiciera el relevamiento, encontraríamos una multiplicidad de grupos y organizaciones más o menos transitorios, y algunas de las figuras de referencia del discurso revisionista serán también, además de escritores políticos, los jefes de algunos de esos grupos. Pero, aun sin ignorar lo que podría enseñar una perspectiva que considerara esa red de organizaciones como medio de reproducción y expansión de los nuevos esquemas y las nuevas certidumbres intelectuales, el hecho es que la inflexión que la revisión introdujo en el campo de la izquierda fue sensible como fenómeno ideológico y cultural, antes que político, en los años que estamos considerando. Es decir, no habrá de alterar lo que la izquierda era ya en la sociedad argentina: más un área activa de la vida ideológica, cuya clientela primordial radicaba en los sectores medios urbanos, que una fuerza de significación en la arena política.

La disposición a la empresa revisionista apareció asociada al ingreso de una nueva generación, sea en la notoriedad más o menos pública (como sería el caso de algunos de sus miembros), sea, más simplemente, en el activismo político que tendría en la universidad su ámbito principal, pero no único, de experiencia. Es sabido que el concepto de generación — empleado como criterio de diferenciación, agrupamiento y periodización en el estudio de las élites intelectuales,

que es donde mayor empleo tiene — posee carácter aproximativo y delimita un conjunto de fronteras algo inciertas que, aquí y allá, se borran y se confunden. Aunque un uso sin reservas y generalizado del criterio generacional encuentra demasiados problemas (o produce agregados poco coherentes o irrelevantes), muchas veces resulta un instrumento útil para aclarar estratificaciones de la sensibilidad, divergencias de posiciones y disputas en el espacio de la *intelligentsia*. Pero, además de su valor eventual como principio de inteligibilidad de cambios, movimientos o fracturas ideológicas, la idea de generación ofrece a menudo una significación de referencia y de identidad para miembros jóvenes de las élites cultivadas que ingresan en la escena cultural afirmando la “conciencia” generacional como marca de distinción, inconformismo y heterodoxia.

Algo de las dos cosas aparecerá en el polo emergente de la izquierda argentina, asociada a una promoción generacional (en rigor, a más de una) también emergente que, por su parte, no dejará de exponer y aun de dramatizar un espíritu de escisión respecto de la dirección intelectual y política de los mayores. La revista *Contorno* (1953-1959), por lo general considerada un órgano representativo de la sensibilidad generacional que hará su ingreso tras la caída de Perón, hizo de ese tema un rasgo de autoidentificación: jóvenes sin maestros.¹³ Y en 1959, uno de sus miembros, en un artículo elocuentemente titulado “Una generación traicionada”, trazará las fronteras del “nosotros” generacional: “somos los que en el 45 teníamos alrededor de veinte años, nacidos en la declinación del yrigoyenismo, bajo Uriburu o durante la presidencia del general Justo”. La indicación del año 45 no era una referencia cronológica neutra: “Perón fue el gran agente catalizador. Y así como los románticos fueron rosistas ... esta generación — la mía — es peronista”.¹⁴ Más allá de *Contorno*, el tema generacional

¹³ “Tenemos nuestra propia retórica juvenil. No estamos seguros de nuestra verdad. Ni sabemos la solución, ni gozamos de una clave. No encontramos ejemplos: los que tenían inteligencia se han burlado, han fracasado, se han entregado o han huido. Los que tenían buena fe y coraje han carecido de inteligencia” (Ismael Viñas, “La traición de los hombres honestos”, *Contorno*, no. 1, noviembre de 1953).

¹⁴ David Viñas, “Una generación traicionada. Carta a mis camaradas de *Contorno*”, *Marcha*, Montevideo, no. 992, 31/12/1959. La referencia a una “generación” del 45 asociada al peronismo como nudo histórico aparece ya en 1956,

estuvo en el aire después de 1955 y es difícil hallar una revista cultural de izquierda y más o menos juvenil que no lo asuma, así sea como motivo polémico. Se lo encuentra en *Gaceta literaria*,¹⁵ en el primer número de *Nueva expresión*,¹⁶ en *El grillo de papel*.¹⁷

Ya en la década siguiente, José Aricó volverá sobre la escisión generacional en el editorial de presentación de *Pasado y presente*: “Nadie puede negar que asistimos hoy en la Argentina a la maduración de una generación de intelectuales que aporta consigo instancias y exigencias diferentes y que tiende a expresarse en la vida política con acentos diferentes”. A los ojos de Aricó se trata de quienes por entonces (1963) cuentan entre veinticinco y treinta y cinco años. Una brecha se ha abierto entre ellos y los mayores, en quienes no reconocen maestros. Y en la descripción del espíritu que anima a la generación emergente, Aricó retoma algunos de los tópicos que ya se encontraban en las autodescripciones de *Contorno*: el “tono” nacional, el deseo de hacer el inventario por cuenta propia, de “ver claro” y, para ello, la apelación a la franqueza y el rechazo de la “demagogia, la grandilocuencia, las mentiras, el disfraz de una realidad que comienzan a desnudar y a comprender en toda su dialéctica complejidad”.¹⁸

en el escrito furiosamente antiperonista de otro joven, Abel Alexis Latendorf, miembro de las Juventudes Socialistas y ajeno al círculo de *Contorno*: “Doce años de dictadura en la Universidad”, *Sagitario*, enero-febrero de 1956 (reproducido en A. Ciria y H. Sanguinetti, *La reforma universitaria/1* (1918-1983), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987, pp. 128-37). En este escrito, la “generación del 45” es la de los jóvenes universitarios que recibieron su bautismo político luchando contra el peronismo.

¹⁵ Roberto Hosne, “El disconformismo de la nueva generación” y Pedro Orgambide “Izquierda y facilidad”, en *Gaceta literaria*, nos. 4 (año I, mayo de 1956) y 19 (año III, noviembre-diciembre de 1959) respectivamente.

¹⁶ “...*Nueva expresión* significa una toma de conciencia colectiva y un asumir también colectivo de responsabilidad por parte de una generación que en actitud militante y polémica irrumpe en el cuadro de la cultura argentina” (“Nuestro programa”, *Nueva expresión*, no. 1, enero de 1958).

¹⁷ Abelardo Castillo, “Confusión y coincidencia”, *El grillo de papel*, no. 3, marzo-abril de 1960.

¹⁸ José Aricó, “Pasado y presente”, *Pasado y presente*, Año 1, no. 1, Córdoba, abril-junio de 1963. Desde los años de la Revolución Libertadora, el mundo que en el juicio de la nueva generación comenzaría a asociarse cada vez más con la

En fin, cuando en 1964 un grupo de jóvenes surgidos de los círculos que rodeaban a Silvio Frondizi lancen el documento destinado a constituir el Tercer Movimiento Histórico, conectarán el movimiento, cuyas condiciones juzgan maduras, a las exigencias de una nueva generación. Nuevamente aparece como nudo histórico de referencia el peronismo, aunque la fecha no es ahora la de 1945, sino la de 1955: “Esta promoción es una generación porque por su propio desarrollo — como conjunto y como individualidades — está íntimamente vinculada a un hecho fundamental, que determina de un modo decisivo su visión del mundo: la caída del peronismo. Es generación porque es fruto del peronismo. Es la generación hija del peronismo”.¹⁹

Obviamente, sería imposible componer los diferentes índices cronológicos que aparecen en las autodescripciones citadas para delimitar con ellos una “clase de edad” de fronteras más o menos estrictas, así sea sólo en el dominio de las capas medias. Podría decirse, más bien, que fue la exposición común al *clivage* que introdujo el peronismo lo que desencadenó el efecto de generación, por decirlo así, y de fractura generacional. Y, más específicamente, que fue la exposición común a ese *clivage* lo que terminó por dislocar, también en términos más o menos generacionales, a las formaciones de la izquierda. Es cierto que otras vicisitudes se entrelazaron con las que se ligaban al “hecho peronista” para reforzar y dilatar ese sentimiento de discontinuidad respecto de los

grandilocuencia vacía y la falacia histórica y política era el de las élites liberales. Sea porque se los considerara cómplices o, simplemente, ineptos para superar la hegemonía de esas élites, los partidos de la izquierda tradicional también terminarían por ser involucrados en esa representación crítica. Aricó, quien al escribir el editorial que acabamos de citar integraba las filas del Partido Comunista, habla más bien alusivamente respecto de este último punto y sostiene que si los partidos de la izquierda se muestran flexibles y lúcidos pueden canalizar las energías de la disidencia generacional. No obstante la cautela y el lenguaje algo esópico del artículo, la dirección del PC entrevió una crítica velada y que algo más que un reclamo de flexibilidad estaba en juego: expulsó de sus filas a los miembros de la revista.

¹⁹ *Del peronismo al Tercer Movimiento Histórico*, Buenos Aires, Ediciones 3 MH, 1964, p. 46. Firman el documento: Osvaldo Acosta, Jorge Bolívar, Jorge Castro, Aldo A. Camotto, Alberto Ferrari, Juan Carlos Gallegos, Arturo Lewinger, Enrique Ninin, Luis Julio Piriz, Héctor Vega.

mayores. Pero no es menos cierto que ningún otro acontecimiento de la vida política local se fijó — en la conciencia ideológica de quienes eran jóvenes — con ese valor de organizador simbólico de la experiencia generacional.

III

Si el deseo de hacer el inventario por cuenta propia liga la empresa revisionista al ánimo ideológico generacional, los dos términos no se superponen. Dicho de otro modo: los escritos de este período que pueden ser agrupados bajo el signo del cuestionamiento de las interpretaciones legadas por la izquierda tradicional, no podrían, a su vez, ordenarse como obra de una sola generación, por inciertas y algo porosas que sean siempre las fronteras generacionales. Varios de los autores cuyos libros interpelarían ese deseo de inventario, ofreciendo una visión diferente no sólo del peronismo, sino también de la historia nacional, no pertenecían a las filas de la joven generación ni reclamaban esa pertenencia. Citemos, como ejemplo, algunos de los títulos sobre los cuales volveremos reiteradamente en este trabajo: *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956), de Rodolfo Puiggrós, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957), de Jorge Abelardo Ramos, *La formación de la conciencia nacional* (1960), de Juan José Hernández Arregui. Sería imposible desconocer el papel que tuvieron estos libros y otros escritos de los mismos autores en la animación de la situación revisionista, aun cuando no todos los círculos de la nueva generación de izquierda los tomaran como guías.

Este dato no anula el vínculo entre el polo de la revisión y la querrela generacional, pero obliga a distinguir entre los dos términos y hace menos simple e inmediata la ligazón. En la producción intelectual de algunos de los mayores como los nombrados, que conectaba a los jóvenes con vicisitudes políticas e ideológicas que venían de más lejos, una parte, al menos, de la nueva generación encontrará ya disponible un repertorio de temas, esquemas interpretativos, imágenes, que gravitarán en las representaciones que

ella se hará del peronismo.²⁰ Por otro lado, la referencia a los jóvenes como destinatarios de sus escritos no es infrecuente en los adultos de la empresa revisionista.

El nombre de Hernández Arregui nos lleva a otra complicación del cuadro esbozado hasta aquí. En efecto, hablé de las interpretaciones de que fue objeto el peronismo como si esos discursos se hubieran enunciado únicamente desde fuera de los límites de este movimiento. Pero, digámoslo aunque sea obvio, el peronismo no sería sólo representado en el discurso de los otros. Después de 1955 tampoco desde sus filas dejarían de emitirse y multiplicarse las definiciones y redefiniciones de la propia identidad — comenzando por las que provenían del general Perón en el exilio — . Y algunas de esas autointerpretaciones se organizarán, abiertamente, por lo demás, de acuerdo a categorías y argumentos teóricos extraídos de la tradición doctrinaria marxista. Se generó así, a partir de la Revolución Libertadora y en oposición a ella, una producción intelectual de frontera, cuyas manifestaciones (por ejemplo, los escritos del nombrado Hernández Arregui o los de John William Cooke) podían registrarse ya como una variante del discurso peronista, ya como una variante de la izquierda nacionalista.

El conjunto discursivo a tomar en cuenta no ofrece, pues, en todos sus puntos bordes netos, sin soluciones de continuidad y sin mezclas, observación que vale también para los límites con la izquierda tradicional. Más allá de la común referencia al marxismo, en su interior no encontraremos tampoco un pensamiento homogéneo. No obstante, por borrosos que aquí y allá sean sus límites, y por diversos que sean los núcleos que aparezcan dentro de ese contorno, la familia de posiciones asociadas a la revisión no es un conjunto que sólo se componga ante nuestra mirada actual: él no dejó de señalarse a sí mismo, por lo general a través de la polémica, y la réplica de los que se sabían desafiados obró también como señal de reconocimiento.

²⁰ En "Testimonios de una generación" (*Marcha*, Montevideo, 23/4/1965), Juan José Sebrelli, integrado por un tiempo al grupo de la revista *Contorno*, destaca el papel precursor que para algunos miembros de su generación — como él mismo — tuvieron Puiggrós y Ramos, "quienes intentaban confusamente una renovación y vivificación de la izquierda".

El peronismo en el espejo de la revisión

Las interpretaciones del peronismo que se ofrecerían como alternativas a las que habían proporcionado los partidos de la izquierda tradicional proliferaron, según hemos dicho ya, después de 1955. Algunas de ellas reivindicarían para sí el hecho de fundarse en escritos y actitudes políticas precursores — los del propio expositor o los de su círculo, como en el caso de Jorge Abelardo Ramos —, haciendo de la lucidez anticipatoria un punto de diferenciación y autoridad simbólicas respecto de las que provenían de quienes no habían reconsiderado el peronismo sino después de su caída. En cualquier caso, era el contexto ideológico revisionista que sucedió al derrocamiento de Perón el que les procuraría una visibilidad y una recepción nuevas también a las interpretaciones que se tenían por pioneras y acreedoras de ideas que otros repetirían sin citar. No ignoraba ese contexto de revisión quien, como Ramos, destinaba una voluminosa síntesis de la historia nacional a responder a los interrogantes de la nueva generación.²¹

Nuevas o fundadas en una palabra precursora, todas las interpretaciones que se propondrán aclarar y definir el significado del peronismo, extirpando el error de la izquierda tradicional, aparecerán animadas por el propósito de responder a dos tipos de cuestiones. Por un lado, las concernientes a las condiciones económicas, sociales y políticas que hicieron posible la emergencia del peronismo como movimiento y su implantación como régimen después de obtener el triunfo en las elecciones de 1946. Por el otro, dar cuenta de porqué la clase obrera industrial no había hecho su ingreso en la escena política argentina bajo la dirección de un partido de orientación socialista, esto es, un partido que se reclamara de clase o proletario, en correspondencia con los presupuestos de la

²¹ “La juventud ha caído presa de un disgusto creciente. Necesita saber, no solamente quién fue el calumniado Facundo, sino sobre todo que ocurrió ayer, pues la historia más cuidadosamente falsificada por la reacción oligárquica es, precisamente, la historia contemporánea. [...] Al realizar el balance crítico de ese período febril, advertí que la juventud carece de un libro que abrace esa etapa fundamental de nuestra historia moderna y la enlace con los grandes momentos del pasado argentino”. Prólogo a *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, pp. 9-10.

teoría marxista. Dicho de otro modo: interpretar o comprender adecuadamente el peronismo implicaba inscribirlo, al mismo tiempo, en el cuadro de un proceso socio-político particular y en el cuadro de una teoría (en verdad, de un discurso militante). Por principio, los acontecimientos que tenían lugar en el primero no debían desmentir los postulados que regían el segundo. Si, por ejemplo, con arreglo a la doctrina, el ser social de la clase obrera era ser-para-el socialismo, y, por su lado, la experiencia política local parecía cuestionar la vigencia general del postulado, la tarea de la interpretación radicaba en proporcionar las claves del rodeo que había dado la clase obrera, en el cuadro del proceso político nacional, antes de adecuarse a su concepto.

Ahora bien, como los partidos de la izquierda tradicional habían dado y disponían de una explicación para la discordancia entre los postulados de la doctrina y el alineamiento político efectivo de la clase obrera, las interpretaciones alternativas debían ofrecer no sólo otra versión de esa discordancia, sino también una crítica de esos partidos y del discurso que habían elaborado en torno al peronismo. De modo que las operaciones intelectuales que van a darse por objeto enunciar una comprensión verdadera del peronismo se darán, simultánea e indisolublemente, otro: el del cuestionamiento más o menos acerbo del papel del partido Socialista y del partido Comunista en la vida política nacional.

I

Un rasgo común a las versiones que impugnarían el discurso de la izquierda tradicional es que todas remitirán la cuestión del significado del peronismo al esclarecimiento de sus comienzos y a la caracterización de la era justicialista. Esto es, a los orígenes — los años 43 al 46, generalmente precedidos de la evocación de la década del treinta, entendida como prelude de esos orígenes — y al ciclo de gobierno interrumpido en 1955. Como si el ser del peronismo pudiera ser aprehendido en su génesis, antes que en su actualidad. Y ese movimiento hacia el pasado perdurará aun en textos escritos varios años después del derrocamiento de Perón. Leamos un párrafo que puede ser considerado típico de ese desplazamiento hacia los comienzos en el desciframiento de una

realidad considerada capital en el presente, extraído de un libro de Angel Perelman publicado en 1961:

Es evidente que para situarse en el campo de la política argentina en estos días resulta imprescindible tener ideas claras sobre toda una serie de cuestiones, la primera de las cuales es la significación del peronismo. Esta tarea es imposible, no obstante, sin remontarse a su propio origen, es decir, sin conocer con toda certeza de qué manera el peronismo se formó, cómo apareció Perón en la vida pública, cuáles fueron las clases sociales, los grupos políticos y económicos que contribuyeron a la formación del peronismo y además, cuáles fueron los antecedentes políticos y económicos que precedieron a las grandes huelgas generales de 1945.²²

La querrela de las interpretaciones tomará, pues, la forma dominante del discurso histórico a lo largo de los diez años que siguieron al fin del régimen justicialista, como si la identidad del peronismo se fugara siempre hacia atrás, donde hallaba su sentido pleno. En el presente, en cambio, si bien duraba y era real como hecho — el *factum* político por excelencia, la primera de las cuestiones por aclarar —, se trataba de un hecho provisional, a la espera de otra cosa mientras prolongaba su pasado. Esta forma de dar cuenta del “hecho peronista” tendrá cierta analogía con la forma en que el peronismo sindical conferirá sentido a las luchas que libraría después de 1955 y durante los años en se que mantuvo la proscripción. Durante ese período, “los sindicatos racionalizaron sus luchas en nombre de un modelo social que condensaba su visión retrospectiva de lo que fuera el régimen peronista en los años 40 y 50”.²³ Esa visión retrospectiva reforzaba una identidad política, antes que inspirar un programa, y el modelo de referencia remitía a un eventual y remoto regreso al poder. Pero no abusemos de la

²² Angel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 10.

²³ Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, p. 152.

analogía que es sólo de formas. En el caso del sindicalismo peronista era el contexto de la proscripción política el que tornaba posible hacer del presente un tiempo interino en que se obraba pragmáticamente; en el caso de las interpretaciones de la izquierda la provisionalidad era de otro orden y se fundaba en razones menos contingentes que la proscripción. En ellas, que el presente del peronismo — y el peronismo del presente — no pudiera ser sino provisional encontraba sus pruebas en el propio peronismo, es decir, en lo que se consideraban sus incoherencias o contradicciones, interpretadas con arreglo a los principios de la teoría.

“Actualmente el peronismo sigue siendo la mayor fuerza electoral del país, y el más fuerte sentimiento político”, escribía Ismael Viñas en 1959. Pero agregaba poco después: “el peronismo posee una fuerza que ocasiona su gran debilidad: formado por una extensa base proletaria, sólo puede justificar y mantener su existencia en tanto se proponga fines de partido obrero”, pero en “la medida en que sus dirigentes no se pongan a la altura de las necesidades, y no acepten que deben marchar hacia un partido o movimiento de izquierda efectiva, está condenado al fracaso y a la progresiva disolución”.²⁴ Aunque formulada en otros términos, la misma disyuntiva exponía algo más tarde Jorge E. Spilimbergo. Tras haber procedido a la evocación histórica de rigor para dar cuenta de la significación del peronismo, Spilimbergo afirmaba:

El peronismo, que en 1945 fue un frente de clases — burguesía industrial, ejército, elementos nacionalistas, proletariado, clase media rural, peones — fue modificando lentamente su composición. Los casi cinco años transcurridos desde su derrumbe, han acelerado la

²⁴ Ismael Viñas, en Carlos Strasser (comp.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, p. 280. El peronismo, según Viñas, no tenía la posibilidad de repetir la experiencia del radicalismo, “que pudo seguir existiendo y proponiendo soluciones aparentemente no clasistas a pesar de su vasta clientela popular, después de desalojado del poder”. En los años en que el radicalismo tuvo vigencia como formación política mayoritaria “no existía un proletariado propiamente dicho a escala nacional”, es decir, la base social que le confería su fuerza al peronismo, así como fijaba la imposibilidad de su “normalización” como movimiento interclasista (*ibid.*).

disgregación del frente de clases, y en la actualidad, tan sólo el proletariado industrial, la pequeña burguesía pobre de provincias, la peonada y los sectores más oprimidos y explotados de la sociedad argentina, constituyen el fundamento del peronismo.

Mientras esas enormes multitudes no ocultan su voluntad de luchar políticamente, la dirección del peronismo rehuye hacerlo, en coincidencia con el gobierno de Frondizi y el imperialismo yanqui, todos interesados en demorar el desarrollo político e ideológico de la clase obrera, sin ofrecerle salida alguna, como no sea el opio del "eterno retorno".

Pero, repetimos: "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos". El peronismo sólo puede trascender en la historia de las luchas sociales argentinas si se transmuta en socialismo nacional.²⁵

¿Qué aguardar, entonces, la crisis o la transmutación del peronismo? Durante los diez años posteriores a 1955 (y aun durante mucho más tiempo, en realidad), la izquierda se polarizará y se debatirá entre esas dos expectativas. Acontecimientos siempre nuevos, que la agitada vida política argentina y el *clivage* peronismo/antiperonismo no dejaban de producir, se encargarían de alimentar alguna de ellas, una y otra vez. Pero ¿cómo saber qué aguardar y desde dónde hacerlo — desde dentro o desde afuera —, o cómo saber qué significaciones anudadas en esa identidad de "enormes multitudes" eran pasibles de radicalización sin haber comprendido la experiencia histórica que la había hecho surgir como identidad? Y aquí nos reencontramos, nuevamente, con la empresa de la interpretación y la función estratégica que se le atribuía.²⁶ Sólo la dilucidación correcta de esa experiencia permitiría deducir la fórmula nacional del porvenir socialista.

²⁵ J.E. Spilimbergo, *op. cit.*, p. 207.

²⁶ Al hablar de función estratégica me refiero a algo más que se desprende muy fácilmente de lo dicho hasta aquí: encuadrada en un discurso militante, la interpretación no estaba únicamente destinada a ofrecer una representación del peronismo sino también la norma para actuar conforme a la verdad de esa representación.

II

No menos que la capacidad de comprender el peronismo, también la de prever sea su crisis, sea su transmutación, hallaba su garantía teórica en el marxismo, el referente doctrinario compartido por el conjunto de la izquierda. En la referencia común al marxismo obraba la convicción de que en él se encarnaba un saber que poseía — si, a su vez, era correctamente empleado — los esquemas de lectura de toda experiencia histórica posible. Ahora bien, ¿de qué marxismo se trataba? Al examinar los discursos colocados bajo el signo de la revisión no podría decirse que sólo fuera activa una de las derivaciones del árbol genealógico que se remontaba al nombre de Marx. Desde un punto de vista general, el hecho de que el marxismo que sostuviera esos discursos no tuviese uno, sino varios perfiles, no encerraba ninguna novedad ni ponía de manifiesto una peculiaridad local. La historia de las vicisitudes ideológicas y políticas del legado doctrinario de Marx — tras su muerte y la de Federico Engels, el otro padre fundador — es, en buena medida, la historia de escuelas y orientaciones diferentes, muy frecuentemente antagónicas, obrando a veces como facciones en el seno de un mismo partido, otras oponiendo entre sí partidos que invocaban ya la letra, ya el espíritu, para adoptar definiciones rivales de ese legado.²⁷ En la segunda mitad de nuestro siglo la disputa acompañará otro avatar: el de hostilidades nacionales entre estados que proclamaban el marxismo como ideología oficial.

Para evitar una digresión que si quisiera ser clara debería ser extensa, digamos, simplemente, que el itinerario intelectual y político de las ideas marxistas en la Argentina no escapó a ese cuadro general de vicisitudes históricas. Y en los años que estamos considerando, la referencia común al marxismo en la cultura de

²⁷ Este es uno de los criterios que guió la más ambiciosa historia del marxismo emprendida hasta el presente y que, en verdad, es una historia de los “marxismos”: AA.VV., *Storia del marxismo*, Turín, Einaudi, 1978-1982, según se desprende del prefacio de Eric Hobsbawm, uno de los miembros del comité internacional que proyectó esta obra colectiva que llena cinco largos volúmenes. Muy instructiva, y en el mismo sentido, es también la colaboración del historiador George Haupt, quien da razones eruditas en favor de ese criterio: “Marx y el marxismo”, *op. cit.*, vol. I, pp. 292-314.

izquierda no implicaba la presencia de un conjunto doctrinario homogéneo, sin divisiones y rivalidades. No es imposible, sin embargo, entrever en el vocabulario y los argumentos que algunas derivaciones del árbol marxista eran más constantes y difundidas que otras en los discursos de la familia revisionista. En primer lugar el leninismo. Pero el Lenin de ese leninismo era fundamental, aunque no exclusivamente, el de las tesis sobre el imperialismo y lo que en los debates marxistas se conocía como la “cuestión nacional”. En segundo lugar, el trotskismo, que si bien era menos extendido que el anterior, seguiría la estela leninista en lo que concierne al imperialismo, y sus exponentes locales harían de éste el problema masivo de la sociedad argentina, fijándola en la imagen de país “semi-colonial”.²⁸ Pero los escritos de Trotsky ofrecerían, también, uno de los esquemas que regirán la interpretación del peronismo como régimen: el de bonapartismo.

Les era inherente a estas dos variantes del marxismo militante la representación de una causalidad histórica puramente objetiva — inscrita en los hechos — que coincidía con una finalidad que, a su vez, era deseable, es decir, un valor. El curso del proceso histórico podía demorarse, hacer rodeos, retroceder y aun disfrazarse de retrocesos que disimulaban, bajo una imagen engañosa, la astucia de la razón histórica. Pero, antes o después, la marcha, que no es continua ni lineal, se reanuda, disipando los engaños del momento y muy a menudo dejando de lado a los que no han sabido ver tras la superficie de los acontecimientos la lógica oculta de su necesidad. En otras palabras, les era inherente esa representación en que se aliaban objetivismo y teleología, piezas centrales, en conjunción con la teoría del proletariado como ser-para-el socialismo, de lo que se ha llamado

²⁸ Ismael Viñas, en un artículo que se distingue, dentro de la publicística de izquierda de esos años, por hacer distinciones, le reconoce ese mérito a la labor de los trotskistas en la Argentina: “...pusieron las bases para una importante actividad al insistir en la discusión sobre el papel del imperialismo, sobre el concepto de desarrollo combinado y sobre el lugar respectivo que cabe a las clases en la conducción de la lucha por la liberación de los países atrasados” (“Orden y progreso”, *Contorno*, no. 9-10, abril de 1959, p. 42).

“gran relato” (o filosofía de la historia) marxista.²⁹ Podría decirse, entonces, que comprender el peronismo significaba situarlo dentro de ese gran relato por medio de un relato particular. Pero, a diferencia y en contraste con las interpretaciones de la izquierda tradicional — que habían hecho de él un retroceso o un desvío, tras el cual la clase obrera retomaría su camino —, la verdadera comprensión lo inscribiría como un momento de ese camino, momento cuya superación sobrevendría a través de la crisis o de la transmutación y en que dejaría atrás su apariencia actual, a la vez real e interina.

En la trama de los discursos de izquierda de esos años circularía también — a veces paralelamente, a veces mezclado con el marxismo que extraía esquemas y argumentos del leninismo o del trotskismo — lo que podríamos llamar un neomarxismo de y para intelectuales. Este neomarxismo, que se quería antimecanicista y teóricamente más cultivado que el anterior, se alimentaría primero de la lectura de Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty y *Les Temps Modernes* y después del conjunto de variantes que la crisis del estalinismo había hecho surgir, o resurgir, en la izquierda intelectual europea. Bajo la sugestión de la obra de Sartre o de la obra de Gramsci — para resumir en dos nombres un haz más amplio de referencias —, esta variedad del marxismo, que era parte del clima de “nueva izquierda”, tendría un papel activo en la *pars destruens* de la crítica a la izquierda tradicional. En lo que concierne a la reinterpretación del peronismo, su contribución no tendrá el peso, ni la difusión de las que hacían uso de las matrices del leninismo o del trotskismo. No obstante, como ya tuve ocasión de señalarlo el espíritu de revisión era un rasgo distintivo de la “nueva izquierda”, y el neomarxismo no sólo no escapará a la interrogación del “hecho peronista”, sino que prestará su colaboración a la empresa de resignificarlo.

²⁹ No pretendo sostener que en los escritos de Marx sólo se pueda leer ese “gran relato” o que el conjunto de sus análisis o de sus categorías de análisis sean indisociables de esa representación del proceso histórico. Pero, como es obvio, mi argumento no quiere ser una contribución a la erudición marxológica, ni estoy hablando del Marx que se puede leer doctamente en las bibliotecas, como se lee a Tocqueville, Durkheim o Weber, sino del que era parte del marxismo como discurso militante.

III

Dos últimas indicaciones para aclarar cómo procederemos a exponer las principales articulaciones de la revisión. No todas las operaciones interpretativas aparecerán igualmente ambiciosas y muchas de ellas serán poco más que la repetición de un conjunto relativamente fijo de enunciados e imágenes históricos, convertidos en lugares comunes después de 1960. Ese dato nos lleva a privilegiar algunos textos dentro de una familia discursiva a la vez proliferante y repetitiva. Las empresas de gran aliento estarán asociadas a los nombres de Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós. El libro clave de Ramos, aunque no el único que tendrá como tema el peronismo, será *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*,³⁰ aparecido en 1957 y que conocería desde entonces varias ediciones y ampliaciones. Sin el talento literario de Ramos, pero con más antecedentes como historiador, Puiggrós consagrará al peronismo los principales capítulos de un breve volumen, *El proletariado en la revolución nacional*,³¹ publicado en 1958 y precedido de otro, mayor y de vasta difusión, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*,³² editado en 1956. Aunque este último no va más allá de los años treinta, puede decirse que desde el prólogo anticipa las claves con arreglo a las cuales el autor interpretará al peronismo. Los dos textos aparecerán fundidos, ampliados y reelaborados a partir de 1965 en una reedición en varios volúmenes de la historia de los partidos políticos.³³ Tanto Ramos como Puiggrós eran los exponentes más visibles de círculos marxistas marginales con relación a la cultura de izquierda antes de 1955. Después de esa fecha, el discurso que había tenido a aquellos círculos como focos de elaboración y emisión dejaría de ser periférico respecto de esa

³⁰ Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, La Rija, 1957.

³¹ Rodolfo Puiggrós, *El proletariado en la revolución nacional*, Buenos Aires, Trafac, 1958.

³² Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956.

³³ Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965.

misma cultura, como lo mostrarían las reediciones, las citas y también las polémicas.³⁴

Como interpretaciones claramente discernibles de las que ofrecerán los autores nombrados y no limitadas a unas pocas fórmulas — signos, en la mayor parte de los casos, de la reproducción del discurso revisionista —, hay que señalar la de algunos escritos de Ismael Viñas y, sobre todo, la del trotskista Milcíades Peña, a contracorriente de la tendencia principal. No podríamos omitir la referencia a uno de los libros de Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, que le dedicará al peronismo un largo capítulo. El libro conocerá, como todos los de Hernández Arregui, una vasta recepción, pero la visión del peronismo que éste ofrecía no se apartaba demasiado de las claves ya proporcionadas por Puiggrós y Ramos.

Dije más arriba que la revisión era parte de un discurso militante que, si bien tomaba la andadura del análisis histórico, estaba referido a un proceso actual, en curso, cuyos movimientos no dejaban de producir novedades. Sobre el fondo del gran *clivage* peronismo/antiperonismo el cuadro no fue siempre el mismo entre

³⁴ Dentro de la constelación próxima a Puiggrós — expulsado del Partido Comunista en 1946, junto a un numeroso contingente de activistas, por sostener frente al peronismo una posición divergente de la oficial — se pueden citar, como los nombres más destacados, el de Reynaldo Frigerio (sin parentesco con el inspirador del desarrollismo Rogelio Frigerio) y, sobre todo, el de Eduardo Astesano. Historiador, surgido también de las filas del PC, Astesano dirigió en 1957 la revista de vida efímera (tres números), pero de nombre sintomático: *Columnas del nacionalismo marxista*. El propio Puiggrós había dirigido, bajo el peronismo, la revista *Clase obrera*, publicación a la que estuvieron próximos dos de los miembros jóvenes del círculo de *Contorno*, Juan José Sebreli y Oscar Masotta (cfr. la versión testimonial de Carlos Correas en *La operación Masotta*, Buenos Aires, Catálogos, 1991). A los nombres de Frigerio y Astesano, habría que agregar el de Juan Carlos Esteban, miembro y después disidente del grupo cercano a Puiggrós, y a quien se debe uno de los libros de la familia ideológica que estamos considerando: *Imperialismo y desarrollo económico*, Buenos Aires, Palestra, 1960. Más o menos afines con las posiciones de Jorge Abelardo Ramos, serán los escritos de Enrique Rivera (*Peronismo y frondizismo*, Buenos Aires, Indoamérica, 1958), de Angel Perelman (*Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961), de Esteban Rey (*¿Es Frondizi un nuevo Perón?*, Buenos Aires, Ediciones Lucha Obrera, 1957) y los de quienes desempeñarán el papel de epígonos del propio Ramos, como Jorge E. Spilimbergo.

1955 y 1965, ni en lo que concierne al peronismo, ni en lo que respecta a la situación política general. En efecto, ¿cómo ignorar la diversidad de coyunturas en esos diez años, pasando por alto que las expectativas en torno a la orientación que seguirían las masas peronistas (incluso en su relación con Perón) no fueron siempre las mismas, y que la acción del peronismo (y el propio Perón como líder de esas masas) no transmitió permanentemente las mismas señales? En otras palabras, ¿es posible captar en reposo un trabajo ideológico que, por definición, no se daba reposo en tanto discurso militante?

Admitir esa movilidad, sin embargo, no nos debe llevar a desconocer otro hecho: una vez formulada o adoptada, la revisión no se revisaría, ante cada contingencia, en sus articulaciones esenciales. Mayores o menores, todas las interpretaciones revisionistas — llamémoslas así, aunque no todas se tuvieran por tales — se ordenarían en torno a un conjunto común de acontecimientos, temas y claves. No es necesario violentar los textos para entrever esa suerte de cañamazo dentro del cual es posible distinguir las variantes y las significaciones rivales. La referencia a los elementos compartidos de una dilucidación que daba forma histórica a una lectura que se quería estratégica, nos servirán, entonces, de principios organizadores al intentar una exposición general del discurso que tenía como objeto enunciar una comprensión verdadera del peronismo.

IV

1. La industrialización y el cambio en la estructura socio-económica experimentados por la sociedad argentina a partir de mediados de la década del treinta, que producirían, como datos más novedosos, la emergencia de una burguesía industrial y una clase obrera numerosa, con contingentes nuevos, de origen campesino. El proceso social y político posterior (incluido el peronismo) sólo se hacía inteligible a partir de esos elementos emergentes, y no haber percibido, en su momento, los signos del nuevo escenario había sido

una de las muestras del extravío o la ceguera del PS y el PC.³⁵ Sobre el fondo del consenso en torno a la transformación que tenía como eje a la industria, las versiones disidentes rivalizarían largamente entre sí, a su vez, en torno a la identidad de la burguesía industrial: ¿era — o había sido — una burguesía nacional, es decir, de intereses opuestos a la hegemonía del capital extranjero? ¿Lo era en su conjunto o sólo algunos de sus sectores? En fin, ¿la industrialización había surgido al margen de los intereses agrarios que constituían el núcleo de la oligarquía en el poder, espontáneamente y por obra de una capa de nuevos empresarios, o había sido estimulada, no de hecho, sino deliberadamente, por políticas estatales elaboradas en el interior de esa misma oligarquía? A las tesis históricas de Puiggrós, Ramos o Hernández Arregui, que asociarían la industrialización a la presencia de una burguesía nacional, se opondrían los análisis de Milcíades Peña, quien desligaría ambos fenómenos, negando que la transformación operada en la economía argentina hubiera sido obra de (o hubiera dado lugar a) una clase de empresarios que respondiera a la categoría de burguesía nacional. En el arco que iba de una a otra de estas interpretaciones polares, se expondrían variantes que, como las de Ismael Viñas, se aproximarían y se alejarían en distintos puntos de alguna de las dos. Acaso no sea necesario aclarar que las divergencias en torno al carácter de la industrialización y el papel, o la existencia, de una burguesía nacional remitían, por lo general, a visiones estratégicas sobre el presente.

A la puesta en relieve de los cambios señalados seguía, en la economía de la argumentación, la representación del antagonismo o la incoherencia entre el nuevo mundo social así engendrado y el ordenamiento político tradicional: el poder controlado por la oligarquía, los partidos — aun los de oposición — entregados al juego político que aquélla controlaba y, detrás de todos, el imperialismo inglés, asediado por su contrincante, el imperialismo norteamericano.

³⁵ "...es indudable también que las izquierdas ideológicas no supieron ver la transformación del país y de las condiciones nacionales e internacionales a través de la década del treinta (no supieron ver, por ejemplo, que el país había crecido, que se había formado un nuevo proletariado industrial, de origen campesino y no ya de origen extranjero y urbano)" (I. Viñas, en Carlos Strasser (comp.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 262).

(El imperialismo es la gran clave de todas las interpretaciones disidentes como lo será en el discurso de toda la izquierda posterior a 1955.) El liberalismo operaba como el mediador ideológico de este sistema de dominación semi-colonial, dentro de cuyo dispositivo funcionaban, y como órganos suyos, la prensa, la universidad y las élites intelectuales. Este ordenamiento era el de la Argentina de la “década infame”, sintagma acuñado por el periodista nacionalista José Luis Torres para definir el ciclo de la vida pública argentina iniciado en 1930, con el golpe militar que destituyó al presidente Yrigoyen, y que habrá de concluir con otra intervención militar, la del 4 de junio de 1943.

El discurso revisionista de la izquierda adoptó aquel sintagma para la representación histórica del período: la “década infame” fue, ante todo, la era de la desnacionalización económica, de los grandes negociados, del fraude electoral, de la venalidad de los dirigentes y del escepticismo político y moral.³⁶ ¿Cómo se conciliaban la imagen de la decadencia que iba unida a la evocación de la “década infame” con la imagen de la modernización socio-económica, que había hecho surgir la Argentina industrial y clases que no hallaban representación en el ordenamiento tradicional? En realidad, el problema del pasaje de una imagen a otra sólo podía plantearse en las interpretaciones que colocaban la política de los años treinta y los primeros de la década siguiente bajo la significación exclusiva de la

³⁶ “El indiferentismo público hacia la política argentina llegó a ser tan generalizado en esos años — alcanzaría su punto más bajo en 1942 — que la juventud miraba hacia otra parte: encontró su última esperanza internacional en el trágico estallido de la revolución española”, escribe Jorge Abelardo Ramos, a quien se debe una de las representaciones más sombrías de esa Argentina en decadencia (*Revolución...*, p. 350). Que la juventud pusiera sus esperanzas en otra parte, apartando la mirada de los problemas del país, no era ajeno al hecho de que ella careciera de guías, debido a la capitulación de las élites y al papel desnacionalizador de los partidos Socialista y Comunista. Al fijar en el año 1942 el momento más bajo de ese ciclo corrupto, que se manifestaba en los suicidios de Alfonsina Storni y Leopoldo Lugones tanto como en el pacto Roca-Runciman, Ramos establecía el punto de discontinuidad con el ciclo que se iniciaría a continuación. Del cuadro general de condena sólo escapaba FORJA: “Había sin embargo una excepción en este cuadro lamentable. Un núcleo de hombres jóvenes, muchos de ellos provenientes de las filas del radicalismo tradicional, hicieron un intento de salvar, modernizándolo, el legado de Yrigoyen y de formular una plataforma de lucha antimperialista. El grupo se llamó ‘Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina’ (FORJA)” (p. 376).

entrega y la corrupción.³⁷ De cualquier modo, la cuestión no se suscitaba: las dos imágenes coexistirán, una para definir el orden pre-peronista, la otra para poner los fundamentos del nuevo ciclo, el del peronismo.³⁸

2. Es dentro de este cuadro, dominado por las dos imágenes y por el antagonismo entre ambas, donde se colocará el ingreso de un nuevo actor político: el nacionalismo militar, que hace su aparición con la revolución de 1943. Este era uno de los pasos decisivos de la revisión. De ese movimiento militar había surgido Perón, como su figura más destacada, y allí había puesto su foco la izquierda tradicional al identificar el peronismo como proyecto fascista. Anotemos, así sea telegráficamente, algunos datos de aquella situación: la Segunda Guerra Mundial había sido precedida por una suerte de guerra ideológica internacional, el debate político argentino no había escapado a los alineamientos que ella alimentaba y el estallido del conflicto bélico no hizo más que reforzar las tomas de posición, activando la adhesión en favor de algunos de los dos bloques contendientes. Socialistas y comunistas habían hecho de la disyuntiva democracia o fascismo el eje de análisis de la situación y del antifascismo el eje de la propia actividad política. Por otro lado,

³⁷ Es decir, el problema no surgía para quienes, como Milcíades Peña, interpretaban que una continuidad básica conectaba las políticas diseñadas bajo los gobiernos conservadores de la llamada "década infame" y la que habría de proseguir el peronismo en el poder.

³⁸ Puiggrós, por ejemplo, al ubicar el peronismo "en el proceso histórico", halla en el proceso de modernización socio-económica la manifestación imperiosa de las fuerzas productivas que se abren paso contra los obstáculos del antiguo orden: "el crecimiento de las fuerzas productivas nacionales en contradicción con el carácter dependiente del imperialismo (esta contradicción se manifestó especialmente en la esfera industrial, puesto que en ella se debate la competencia con la importación extranjera por el dominio del mercado interno), y en relación con ese crecimiento, la acumulación de capitales nacionales que se necesitaban para reinvertirse y reproducirse, proteccionismo aduanero, control de cambios, facilidades crediticias, ayuda técnica, mano de obra abundante y en general, una política estatal industrialista" (*El proletariado...*, p. 52). No menos espontáneas y sin nexos con la política estatal reinante habían sido las cosas también para Ramos: mientras la oligarquía ganadera sobrevivía en el poder, la "burguesía industrial ... se desarrollaba caóticamente; un operario se asociaba con otro, montaba un pequeño taller, se expandía, se hacía burgués" (*Revolución...*, p. 397).

desde los años treinta era parte del escenario político-ideológico argentino una fuerte corriente nacionalista (en realidad, un conglomerado de grupos), que proclamaba la necesidad de un nuevo orden, autoritario y opuesto por igual al liberalismo y al socialismo. Los círculos provenientes de esa corriente — cuyas ideas gravitaban en las filas del ejército — darían un resuelto apoyo intelectual al régimen militar surgido el 4 de junio de 1943.³⁹

Dado ese contexto de referencia ¿cómo ofrecer del significado del nacionalismo militar, y de la política emprendida bajo su signo, una versión alternativa a la que había establecido la izquierda tradicional? El enfoque revisionista combinará para ello tres argumentos básicos: a) el nacionalismo militar había sido, antes que nada, la manifestación de tendencias industrialistas e independentistas o antimperialistas en el seno del Ejército; b) en esas tendencias las ideas de los círculos del nacionalismo de derecha tuvieron sólo gravitación transitoria y parcial, y c), lo más importante: Perón sacó al movimiento nacionalista militar de su encierro y de las inclinaciones elitistas, transfigurándolo al buscar y atraer el apoyo de las masas obreras sobre la base de la justicia social.⁴⁰ De ese

³⁹ Dos evocaciones en primera persona de la trayectoria del nacionalismo hasta el advenimiento de Perón pueden leerse en Carlos Iburguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Peuser, 1950, y en Mario Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure, 1956.

⁴⁰ "...los acontecimientos trabajaban en contra de la tendencia nacionalista del ejército. Al poco tiempo cayó Mussolini y se hizo evidente la derrota de Alemania y Japón. El imperialismo quería hacer pagar caro al país su actitud independiente [es decir, la posición de neutralidad frente a la guerra, C.A.]. Se trató entonces de dar una salida a una situación angustiosa. Algunos preferían una capitulación lisa y llana frente al imperialismo 'democrático' triunfante. Otros se obstinaban tercamente en una política verdaderamente suicida, de continuar con la dictadura nacionalista, confiando en una resurrección del 'nacionalismo' europeo. Correspondió al coronel Perón dar con la salida adecuada, que fue transformar la revolución militar en revolución popular, darle una base obrera al gobierno, movilizar al pueblo con consignas nacionales y cerrar el paso al imperialismo" (Enrique Rivera, *Peronismo y frondizismo*, Buenos Aires, Patria Grande, 1958, pp. 17-8). Algunas combinaciones de los tres argumentos básicos — aunque no siempre enunciados en los mismos términos, dado que en la formulación de variantes los intérpretes marcaban las distancias que los separaban mutuamente — aparecerán en Ramos, Puiggrós, E. Rivera, Hernández Arregui, I. Viñas. En el caso de este último, en 1959 todavía pone de relieve un nexo de continuidad entre el nacionalismo de los años treinta y

encuentro surgió el peronismo, portador de un nacionalismo de valencias sociales y políticas distintas del anterior. Nada de esto fue percibido, ni podía serlo, por partidos que, como el Socialista y el Comunista, eran ciegos para una cuestión clave en un país semi-colonial como la Argentina, la "cuestión nacional".⁴¹ Fue así que terminarían alineados con los representantes del viejo orden, alarmados por la política social de Perón.

El sector nacionalista del Ejército había asumido, por lo tanto, bajo la iniciativa de Perón, el papel de instrumento de síntesis del mundo social que había engendrado la industrialización y que no encontraba medios de representación en el orden político tradicional. Pero pudo jugar ese papel por una doble ausencia política: la de una organización que diera forma política a los intereses de la burguesía

el peronismo: "el peronismo nació como la concreción del sueño nacionalista: un caudillo militar, un César popular y católico (una mezcla de Rosas, Juan Moreira e Yrigoyen, como dijo el Padre Castellani casi profetizando el peronismo bajo el gobierno de Castillo), que se apoyaba en una 'clase dirigente' (los nacionalistas), que prometía corregir los errores del liberalismo defendiendo la soberanía nacional, practicando una política hegemónica frente al Brasil y sobre los países vecinos, aplicando una justicia social cristiana y de acuerdo a las encíclicas papales, justicia social que atraía a las masas y desalojaba a los agitadores izquierdoides" (en Carlos Strasser, *Las izquierdas...*, p. 262). En escritos posteriores las referencias a las ideas de los intelectuales nacionalistas desaparecerán y el Ejército será puesto en primer término como élite intelectual del peronismo: "En el caso del peronismo fue el ejército, actuando como 'inteligentsia' del proceso de desarrollo capitalista, el que intentó reemplazar una burguesía demasiado débil para encabezar el cambio que exigían (y posibilitaban) las nuevas condiciones nacionales e internacionales: modificación de la estructura económica del país en el sentido de 'modernizarla', poniéndola al servicio del desarrollo industrial habido e intentando 'nacionalizar' la sociedad, convirtiéndola en un centro capitalista autónomo" (*Marcha*, Montevideo, 1965).

⁴¹ "Los discípulos de Justo han educado a la clase obrera, o mejor, a los sectores de la clase obrera que han podido influenciar, en la evasión de lo nacional, y cuando enfocan lo nacional no lo hacen en función de liberar a la Argentina de su yugo imperialista que dan por inexistente, sino de una abstracta concepción de la 'democracia' que encuentra su modelo en ciertos 'islotos' de socialismo pequeño burgués, que no alarman a los monopolios, en Gran Bretaña, Estados Unidos o los países escandinavos.... El Partido Comunista Argentino nació del Partido Socialista. El Partido Socialista fue la causa interna de su nacimiento, la base y punto de partida de su futuro propio. Del Partido Socialista heredó su pecado original: el desconocimiento del problema nacional argentino" (R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956, pp. 166-67).

industrial y la de auténticos partidos obreros. “Si las necesidades nacionales e industriales encontraron su partido en el Ejército y su jefe en Perón, esa coyuntura excepcional que atraviesa el meridiano del año 45 no ofreció su propio partido a la clase obrera. De ahí que, nacional y burgués por su contenido social, el peronismo debía encontrar en el proletariado su base política”.⁴²

3. En este marco interpretativo se insertaba el 17 de octubre de 1945, el acontecimiento en que todo lo anterior hallaría su punto de precipitación. En esa jornada, una huelga general paralizó el país, una movilización del cinturón obrero de Buenos Aires ingresó en la capital reclamando la libertad de Perón e inclinó en favor del caudillo el equilibrio de fuerzas en que se debatía el régimen militar. Pocos acontecimientos fueron tan transitados como el 17 de octubre en el discurso de la izquierda posterior a 1955, seguramente porque ninguno se prestaba mejor para evocar conjunta e indeleblemente el extravío histórico de la izquierda tradicional y la imagen, a la vez plebeya y espontánea, del peronismo obrero. Para no acudir, una vez más, a los autores que hemos citado reiteradamente, leamos algunos pasajes del editorial con que Ricardo Piglia presenta el primero y único número de la revista *Literatura y sociedad*:

La fractura, el enfrentamiento entre intelectuales de izquierda y clase obrera se puede remontar a la década del 40. Es la época de “combatir el nazi-peronismo” y de la Unión Democrática, de las “alpargatas sí, libros no”. El país, entonces, sufría modificaciones estructurales que excedían los esquemas tradicionales. La izquierda, aficionada a elegir como medida de sus actos lo más progresista que ofrecían las Metrópolis, utilizaba el éxito o el fracaso de las ideas en Europa para juzgar nuestra realidad...

El 17 de octubre es la primera fecha en esta historia. El primer símbolo *real* construido por la nueva clase obrera. Su primer intento violento de participar en la vida política.

⁴² J.A. Ramos, *Revolución...* p. 423. “Quiere decir que el proletariado buscaba en Perón la conducción política que no podía darse a sí mismo, espontáneamente, y que le negaban los viejos dirigentes al indicarle el camino de la claudicación” (R. Puiggrós, *El proletariado...*, p. 75).

Habituada a juzgar la realidad argentina según los últimos acontecimientos europeos, la izquierda habló de *fascismo*.⁴³

El texto es del año 1965. El hecho de que un escritor joven, identificado con la nueva izquierda intelectual, se limitara prácticamente a consignar, sin mayores desarrollos, el 17 de octubre como “primer símbolo real” producido por la nueva clase obrera y, correlativamente, la alienación europeísta de los partidos de izquierda que hablaban de fascismo, revela que esos significados eran ya para entonces evidencias de un sentido común implantado. Es decir, valores entendidos — no sólo en el escrito, sino también en el campo de sus lectores virtuales — que bastaba evocar sintética y casi alusivamente para actualizar el sentido conexo a aquella fecha, el 17 de octubre de 1945, sentido que habían producido las lecturas disidentes del “hecho peronista”.

Pero el tema en que se fijaría, definitivamente, la representación de la incapacidad irremediable de los partidos de la izquierda tradicional para representar a las clases populares de la Argentina fue la Unión Democrática. Es decir, la coalición política que enfrentó al peronismo en las elecciones de 1946 y de la que socialistas y comunistas no sólo serían integrantes, sino gestores activos de su formación misma.⁴⁴ Si el 17 de octubre simbolizaba la inserción tumultuosa de la nueva clase obrera en la escena política nacional, la Unión Democrática simbolizaría la reacción del viejo orden contra la Argentina emergente y el error histórico de los

⁴³ R. Piglia, “Literatura y sociedad”, en *Literatura y sociedad*, no. 1, octubre-diciembre de 1965, p. 2.

⁴⁴ En diciembre de 1945, es decir, a dos meses de las elecciones que consagrarían el triunfo del peronismo, el dirigente comunista Victorio Codovilla expuso ante una conferencia del partido un informe que se haría célebre en las filas de la izquierda no comunista, especialmente después de 1955, como “obra maestra” de la ineptitud para el análisis y la previsión políticos. Se lo editaría bajo el título *Batir el nazi-peronismo, para abrir una era de libertad y progreso*, Buenos Aires, Anteo, 1945. Al publicar los *Trabajos escogidos* del mencionado dirigente en 1964 (Buenos Aires, Anteo), los editores cambiaron el título de aquel informe por el más apacible de *Perspectivas que se abren en la situación internacional después de la derrota de los nazifascistas*, y eliminaron dos capítulos del original, entre ellos el que iba presidido por la fórmula “El peronismo es fascismo”.

partidos de izquierda o, simplemente, el desenlace de una larga deserción en cuanto partidos de izquierda. Como escribirá Juan Carlos Portantiero en 1964, recogiendo lo que para entonces era también una certidumbre extendida en la cultura de izquierda: "El tema de la UD ha de ser por mucho tiempo algo esencial para el debate político e histórico que se centre en el análisis de las dificultades, aparentemente inexplicables, de la inserción de las izquierdas (en especial del PC, a quien obviamente cabe la responsabilidad mayor) en la realidad".⁴⁵ Y, en efecto, durante mucho tiempo el tema de la Unión Democrática sería "algo esencial" en el área ideológica que se expandía a expensas de la izquierda tradicional. La Unión Democrática podía explicar lo aparentemente inexplicable: de ella y de la visión política que había llevado a esa coalición en que socialistas y comunistas formaron un bloque con las fuerzas conservadoras, provenía la brecha que había apartado a la izquierda del camino de la clase obrera, si bien para algunos como Ramos o Puiggrós la propia Unión Democrática era sólo la derivación de una historia más larga de descarríos.⁴⁶

4. Ahora bien, si el peronismo no pertenecía a la familia de los movimientos fascistas ¿qué había sido entonces? La expresión de un frente antimperialista (Ramos), un movimiento de liberación

⁴⁵ Juan Carlos Portantiero, "Un análisis 'marxista' de la realidad argentina", en *Pasado y presente*, Año II, no. 5, Córdoba, abril-setiembre de 1964, p. 85. En la encuesta, ya citada varias veces, organizada por Strasser en 1959 (*Las izquierdas...*), todos los exponentes de las diversas corrientes de la izquierda, con la excepción del dirigente comunista Rodolfo Ghioldi, tienen juicios condenatorios para la Unión Democrática. Dentro de las respuestas que reprueban la política que llevó a esa coalición, se singulariza la de Ismael Viñas porque es la única que intenta ofrecer cierto contexto al error, por decirlo así, o sea no sólo señalarlo o reconocer en él simplemente la manifestación del extravío histórico (ver pp. 267-71).

⁴⁶ Ramos ofreció en 1962 una versión de esa historia más larga: *El Partido Comunista en la política argentina*, Buenos Aires, Coyoacán. Desde una perspectiva afín, pero referida a la trayectoria del Partido Socialista, Jorge E. Spilimbergo había escrito dos años antes *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*, Buenos Aires, Coyoacán. Para la visión de Puiggrós del itinerario de las dos organizaciones mencionadas, ver *Historia...*, que les destina alrededor de un tercio de sus cuatrocientas páginas. También la *pars destruens* de *La formación de la conciencia nacional*, de Hernández Arregui, se compone de algunos capítulos dedicados a la historia políticamente descarriada de los partidos de izquierda.

nacional (Puiggrós), una tentativa nacional-burguesa de construir un capitalismo autónomo (Viñas)... Las fórmulas variarán y rivalizarán entre sí, pero, en cualquier caso, las definiciones que cobrarán gravitación en el discurso revisionista identificarán en el peronismo un acontecimiento progresista frente a la dominación oligárquico-imperialista. Si en 1950, el dirigente socialista Américo Ghioldi podía formular la pregunta, que en sus labios era puramente retórica: “¿Perón es Progresista o Retrógrado?”,⁴⁷ para aplicarse a demostrar que se estaba frente a un experimento reaccionario, diez años después los términos se habían invertido y era Ghioldi quien ocupaba, incluso a los ojos de la mayor parte de los socialistas, el lugar del retrógrado. No se trataba, pues, sólo de que la dirección del movimiento — en primer término Perón — hubiera logrado atraer el apoyo obrero. Eso estaba a la vista de todos y, por supuesto, no lo ignoraba la izquierda tradicional, que atribuía el hecho a la falta de experiencia sindical y política de la nueva clase obrera. No, era el conjunto de la experiencia la que cobraba un valor progresista, dado que “objetivamente representaba el crecimiento de la sociedad global”.⁴⁸ Si las “masas tendieron oscuramente a expresarse a través de un hombre para actuar políticamente”, como afirmaba Ramos, al hacerlo no habían elegido la alternativa equivocada dentro de las que les ofrecía la situación.⁴⁹ ¿Qué otra cosa probaba el alineamiento antiperonista de las clases propietarias, las fuerzas conservadoras y el imperialismo norteamericano en 1945?

Era verdad que aquella elección había sido “oscura”, que había estado ausente la vanguardia que la hiciera clara y le diera a la clase obrera los medios para una acción política independiente, impidiendo que fuera incorporada bajo “formas paternalistas o populistas de encuadrarse dentro del pensamiento de la conciliación de clases”.⁵⁰ Pero éste era un déficit por el que había que reclamar a los partidos de la izquierda histórica.

⁴⁷ Américo Ghioldi, *Los trabajadores, el Señor Perón y el Partido Socialista. ¿Perón es progresista o retrógrado?* (Discurso pronunciado en el XXXVII Congreso del Partido Socialista), Buenos Aires, La Vanguardia, 1950.

⁴⁸ I. Viñas, en Strasser, *op. cit.*, p. 269.

⁴⁹ J.A. Ramos, *Revolución...*, p. 439.

⁵⁰ Puiggrós, *El proletariado...*, p. 75.

Era verdad, también, que el peronismo en ejercicio del poder había tenido falencias decisivas aun para su preservación: no había desarrollado, o lo había hecho tardíamente, una industria pesada, no había modificado el régimen de propiedad ni de clases en el campo, había buscado después de 1952 la colaboración del capital extranjero (apartándose del capitalismo de estado y el nacionalismo económico), había sido torpe en su política frente a los intelectuales.... Pero esas limitaciones — donde fuera que tuvieran su raíz: en la visión del propio Perón o en la debilidad de la burguesía a la que representaba — no anulaban el carácter históricamente progresista de la tentativa encarnada en el ciclo justicialista. En fin, el peronismo se inscribía así de otro modo en el cuadro del gran relato marxista: no como un retroceso, ni como una desviación del camino que llevaba a la clase obrera a la realización de su ser, sino como un tramo del camino, el tramo de la nacionalización de la conciencia obrera.

Pero aquel ciclo, no obstante, era irrepetible en los términos del pasado: antes o después, el discurso que enunciaba la verdad histórica del peronismo se abría sobre el presente del hecho capital dilucidado. Es decir, como lo señalamos ya más arriba, sobre la representación de lo que se percibían como sus antinomias, que eran también un legado del pasado y lo llevaban a la disyuntiva de la radicalización o la crisis disolutiva. Mientras tanto, mientras la resolución estuviera pendiente, lo real tenía esa apariencia interina y saber cómo abordarla intelectual y políticamente requería del pasaje por la lectura histórica. Mientras tanto, también, la situación de revisión seguía abierta y ninguna lectura singular de las ofrecidas como alternativas a las versiones de la izquierda tradicional sobre el “hecho peronista” podía, a su vez, erigirse en la fuente de una ortodoxia.

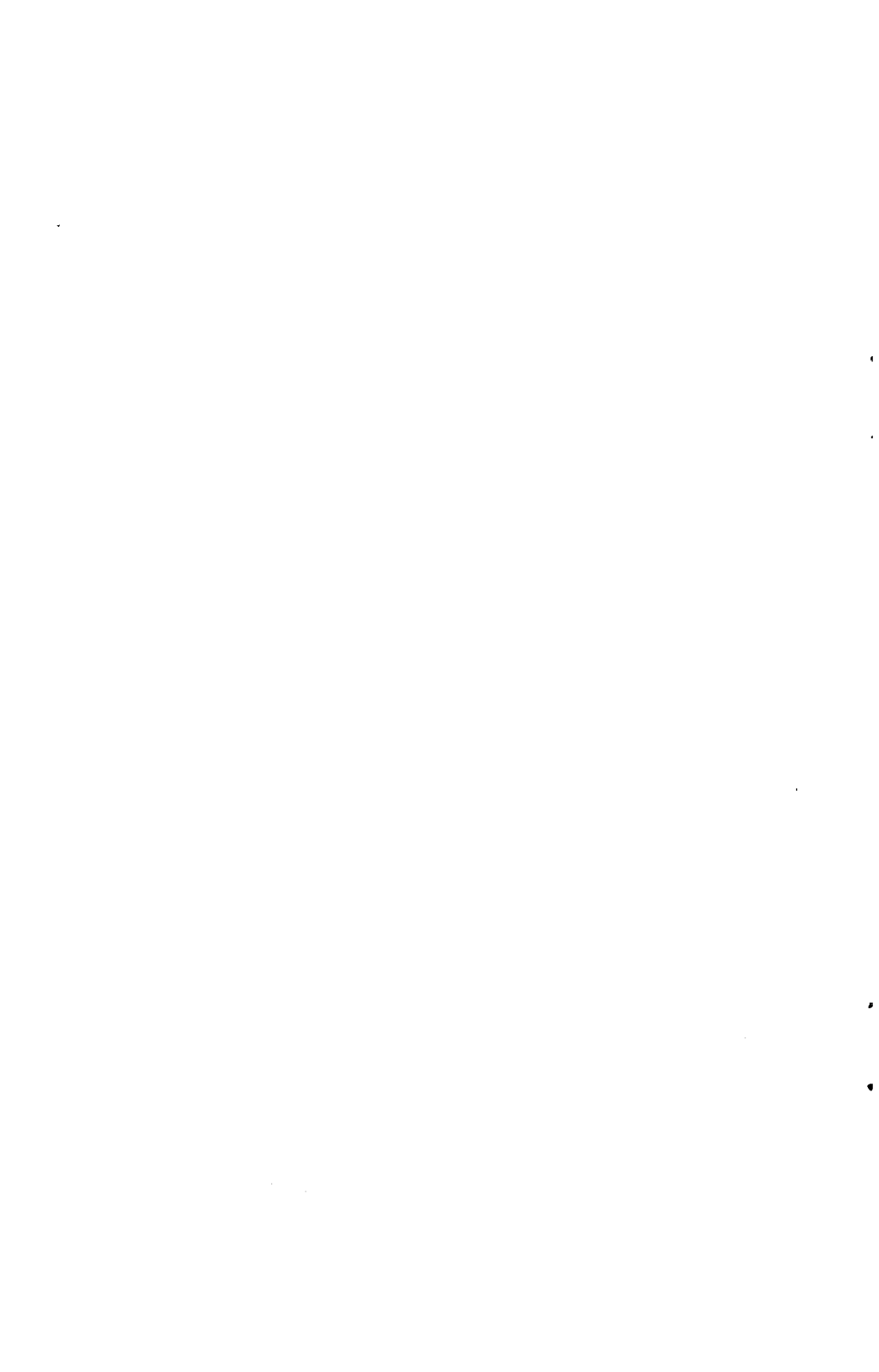
Por último, quisiéramos destacar el desplazamiento que, en conjunción con esas lecturas revisionistas del peronismo, se operaría en el campo de la cultura de izquierda en la Argentina. Ya indicamos al pasar que al fijar las claves para la interpretación adecuada del peronismo, se resituaban, en concomitancia, por decirlo así, otras significaciones: la del liberalismo — inscripto en el sistema de dominación semi-colonial del país — y la del nacionalismo — al que se desagregaba en nacionalismos de diferentes valencias —. Más aún: el “hecho peronista” sólo podía ser verdaderamente comprendido sobre el fondo de la dependencia y el *problema nacional*, claves que,

a su vez, iluminaban una historia más larga, la del pueblo-nación y la de las élites políticas e intelectuales. Al desplazar, pues, al peronismo del lugar en que había sido situado por la izquierda tradicional, la izquierda que hacía suyo el discurso de la revisión se desplazaba, simbólicamente, con él. Si, al menos desde mediados de los años treinta, los dos principales exponentes de la izquierda, el partido Socialista y el partido Comunista, se pensaban como ala avanzada de un campo — al que definían como democrático y progresista —, veinticinco años después el campo de referencia era, idealmente, otro, definido sobre la premisa de lo nacional y la meta de expresar y realizar la nación. Esta inflexión era sensible ya a mediados de 1960, a los ojos de un observador católico, Emilio Fermín Mignone: “Al observador de la vida argentina le es fácil advertir en los últimos años la presencia y desarrollo de corrientes intelectuales y políticas que procuran unir la ideología marxista con los valores nacionales. Es lo que ha dado en llamarse *izquierda nacional* o *marxismo nacional*”. En el primer plano de estas corrientes que circulan en “libros, revistas, declaraciones, centros de estudios y núcleos de actividad política y sindical”, Mignone ubica los nombres de Rodolfo Puiggrós y Jorge A. Ramos. Aunque no bajo el magisterio de estos últimos, pero sí dentro de la misma estela nacional, ubica el núcleo de la revista *Contorno*, el periódico *Soluciones* y también la publicación de los jóvenes socialistas, *Situación*.⁵¹

En suma: a partir de 1955 el peronismo comenzaría a operar como un reordenador de las significaciones de la cultura de izquierda, y una parte creciente de ella se orientará a la búsqueda del encuentro de socialismo y nación o, dicho de otro modo, de un nacionalismo de izquierda, una idea que hacia 1960, dice Ismael Viñas, estaba en todos.

⁵¹ Emilio F. Mignone, “Informe sobre el marxismo nacional”, en *Encuentro*, año 1, no. 7, junio de 1960.





**LATIN AMERICAN STUDIES CENTER
SERIES**

- No. 1 Luis H. Antezana**
*Dos conceptos en la obra de
René Zavaleta Mercado*
- No. 2 Oscar Terán**
*Rasgos de la cultura intelectual argentina
1956-1966*
- No. 3 Rafael Gutiérrez Girardot**
*La formación del intelectual hispanoamericano en
el siglo XIX*
- No. 4 Ileana Rodríguez**
Transición: Género/Etnia/Nación. Lo masculino
- No. 5 Regina Harrison**
*'True' Confessions: Quechua and Spanish Cultural
Encounters in the Viceroyalty of Peru*
- No. 6 Carlos Altamirano**
Peronismo y cultura de izquierda (1955-1965)

